

se forma de la sublimidad de las ideas, de la profundidad de los afectos, y de la independencia del juicio y opinion comun de los hombres. Pero esta filosofia tiene por cimientos, ya una fuerza de razon para profundizar hasta los principios de las cosas, y levantarse á los conocimientos mas perfectos de que el hombre es capaz; ya una sabiduria de razon, que conteniéndola en los límites señalados al entendimiento, la libra de los errores en que hacen deslizar al hombre la vanidad y el desco fatal de singularizarse.

Un orador, dotado de este pulso filosófico, ahondando las verdades mas comunes, sabe sacar de ellas nueva sustancia, y mezclándola con sus propios pensamientos, produce nuevas verdades, como el diestro químico, que descubre nuevos seres en las sustancias mas conocidas.

DE LA IMAGINACION.

La mayor parte de los que hasta hoy han tratado de la *imaginacion*, han estrechado ó estendido demasiado la significacion verdadera de esta palabra; cuya ajustada definicion se ha de tomar en su etimología latina, *imago*, imágen.

La imaginacion consiste en una combinacion ó reunion nueva de imágenes, y en la correspondencia ó conformidad exacta de ellas con la afecion que queremos escitar en los otros.

Si ésta ha de ser el terror, entónces la imaginacion cria los esfinges, anima la Furias, hace bramar la tierra en sus volcanes y vomitar fuego á las nubes, si la admiracion ó el embeleso cria de repente el jardin de las Hespéridas, la

isla encantada de Armida, y el palacio de Atlante. Así, pues, podremos decir muy bien, que la imaginacion es la invencion en materia de imágenes, así como en materia de ideas el ingenio.

De estas observaciones se sigue, ser la imaginacion aquel poder, que todo hombre tiene de representarse en su mente las cosas visibles y materiales. Esta facultad intelectual ó intuitiva, depende originalmente de la memoria pues hemos visto antes los hombres, los animales, los montes, los valles, los rios, los mares, los cielos, y sus fenómenos. Estas percepciones entran por los sentidos exteriores, la memoria las retiene, y la imaginacion las compone; por esto los griegos llamaron á las Musas hijas de la *Memoria*.

La memoria, armada de hechos, imágenes y representaciones diferentes, y egercitada de continuo, engendra la imaginacion, la cual, segun se observa nunca es tan viva como desde los treinta hasta los cincuenta años, cuando las fibras del cerebro han adquirido toda su consistencia, para dar vigor á las verdades ó errores, que abrazó el entendimiento. Concurren tambien otras causas físicas á fortificar la imaginacion: los libros la escitan; la pintura y la música la encienden; la vista del teatro del mundo la engrandece; y el clima y suelo nativo la exaltan. A la verdad, alguna diferencia ha de haber entre las eternas nieves de la Lapónia, y el benigno cielo de las fortunadas márgenes del Bétis.

No podemos negar, que la antigüedad, la imaginacion tuvo una suprema influencia en los escritores, quienes, nacidos y criados debajo de un cielo ardiente y sereno, hablaban lenguas muy favorables á la armonía; y tenian ademas

una física animada, y una mitología que era á sus ojos una galería de pinturas. Su mundo metafísico estaba poblado de entes corpóreos, sus filósofos eran poetas, su religion daba vida, alma y movimiento á lo mas inerte y bruto de la naturaleza. Y en su meteorología se pintaron con tan apacibles imágenes los fenómenos terribles, que llegaron á llamar risa de Vesta y Vulcano á los relámpagos y truenos. Desde entonces ríen los prados, y llora el alba regalando esmeraldas y perlas á la poesía.

Es cosa muy natural al hombre el formarse en su fantasía especies de todo lo que ha visto, y de los fenómenos, que han asombrado á su ignorancia; y aquel que se ha labrado y pulido en los preceptos del arte, nunca es mas eficaz ni elocuente que cuando reduce á imágenes sus conceptos mas abstractos. Y este lenguaje *natural* nos es tan familiar que diariamente le usamos en todos los acontecimientos de la vida comun. Este es el del amante enloquecido, de la amada zelosa, de la viuda desconsolada, de la madre que ha perdido su hijo, y traspasa con su lamento el corazon de los vecinos.

Sin embargo, los antiguos no agotaron todos los manantiales de la imaginacion, de donde mucho pueden sacar los modernos, pues en todos los escritores de sobresaliente elocuencia brotan, digámoslo así, pensamientos y figuras nuevas, animadas con vivas imágenes. Y esto no es de admirar, porque se pueden dar tantas y tan diversas formas á las pinturas de la naturaleza como á los caracteres de la imprenta: verdad, que dimana de que cada hombre ha de pintar los objetos segun los vé, y conforme la impresion que le causan.

La imaginacion, siempre que no se abuse de su calor, ni de sus colores, es necesaria al escritor que ha de hablar al sentido, y al orador cuando ha de conmovér los ánimos: por que la razon á solas con la naturaleza, deja tibia y como apagada el alma del oyente. Sin embargo, el orador no puede dejarse poseer de la imaginacion como el poeta, cuyo exceso en esta parte es solo disculpable en una composicion escrita con calor y vehemencia.

Quando el orador ha de presentar una descripcion ó pintura para infundir terror, puede acudir á la imaginacion, que le servirá los retratos mas grandiosos, aunque sean los menos correctos, como los mas poderosos para causar una grande impresion. Entónces, por egemplo, preferirá las erupciones de fuego, humo y ceniza del Mongibelo á la quieta y pura luz de las lámparas del sepulcro. Si se trata de espresar un hecho sencillo con una imagen brillante, de representar, supongamos, la discordia levantada entre los ciudadanos; la imaginacion pinta la paz que sale llorosa de la ciudad tapándose los ojos con la oliva que ciñe su frente.

Y ¿quien puede dudar que es alguna vez la imaginacion, no menos necesaria que la razon, al hombre que ha de persuadir á los otros? Es claro que en un discurso, no solo es menester decir verdad para satisfacer al entendimiento; sino tambien vestirla de imágenes, para hacerla espléndida y agradable á la imaginacion. Si tuviésemos por oyentes puras inteligencias, ú hombres mas racionales que materiales, bastaria esponerles sencillamente la verdad; y entónces el orador ¿en que se distinguiría del géometra? Pe-

ro, como en la mayor parte de los discursos se habla á hombres que cierran sus oídos á lo que no pueden imaginar, que no comprenden lo que no sienten, y que no se dejan persuadir sino de lo que les conmueve y arrebatá; por esto es en algun modo necesario que el que habla se valga del auxilio de las imágenes, las cuales, poniendo como ante los ojos las cosas, sostienen agradablemente la atencion, y suspenden el ánimo.

La imaginacion activa que forma los poetas, es hija del entusiasmo, el cual segun la significacion de esta voz griega, es una mocion interna que, agitando el entendimiento, trasforma el autor en la persona que hace hablar. Entónces el autor dice precisamente las mismas cosas que aquella diria en la situacion en que se la representa. Pero la imaginacion fogosa, si no la refrena y templá la discrecion y el buen gusto, de que hablarémos despues, amontona figuras fantásticas é incoherentes, como la de aquel que en cierto drama pone en boca de una princesa desesperada esta afectada amenaza: *el vapor de mi sangre subirá á encender el rayo que los dioses tienen fraguado para convertirte en polvo.* ¿Quien ignora que el verdadero dolor no se esplica con metáforas tan violentas y desvariadas? Y si la imaginacion es mas permitida á la poesia que á la prosa, es porque la locucion del orador debe apartarse menos del lenguaje comun y conocido, aunque le aventaje en la gracia y nobleza del estilo. Así, pues, las imágenes, que son lo esencial en la poesia, vienen á ser lo accesorio en la oratoria.

En la elocuencia, como en todas las artes amenas, la espléndida imaginacion es siempre

natural, la falsa acumula cosas incompatibles, y la fantástica pinta objetos que no guardan analogía, ni verosimilitud. La imaginacion fuerte profundiza los asuntos; la débil los toca superficialmente; la florida se pasea sobre pinturas agradables; la ardiente abrasa cuanto habia de alumbrar; y la moderada emplea con discrecion todos los diferentes caractéres, admitiendo rara vez lo extraordinario, y nunca lo increíble.

Todas las imágenes son vivisimas, é interesantes, cuando se toman de objetos magníficos, ó admirables, y aun mas de los que están en accion y movimiento. Estos rasgos pintorescos, cuando son obra de un grande ingenio, imprimen asombro á las personas de todos los siglos y países: tal es en Homero la alegoría de la cadena de oro con que Jupiter atrahe los hombres; tal el combate de los Titanes en Hesíodo: tal el razonamiento patético del Océano personificado por Camoens en su Lusíada.

Es tanto el poder de la imaginacion, que cuando el escritor sabe usar de la fuerza y gracia del colorido, pueden sus palabras solas guiar la mano de un pintor para dibujar lo que describen. Entónces, en los casos terribles es sublime; en los lastimosos tierno; y en los curiosos ameno. Y aun cuando no sienta las cosas que dice con toda la intensidad que corresponde al asunto; puede pintar con subidos colores todo lo que siente y lo que no siente, socorrido de su sola imaginacion, cuando es rica y fecunda, para hablar á los sentidos. El primor de la mano distingue los artifices: hay alguno, que en un retrato pinta aun mas de lo que perciben los ojos, por que sabe dar á entender á los ojos aun mas de lo que

explica el pincel; y siendo ingenioso el arte, es mas artificioso aun el ingenio. Alguno ha habido, que pintando un rostro enojado, lo ha hecho con tanta propiedad y viveza, que pudiera él mismo temer su ira, como lo dice Sidonio Apolinar, de Vulcano con la cabeza de Medusa en el escudo de Palas. Y á veces es tanta la valentia de las palabras con que se retratan los objetos, que podriamos decir, como se refiere en el Exodo, en la maravilla de Siná, que las voces se oían por los ojos.

Oigamos á un autor de estos últimos tiempos, cuya sublime pluma pinta los servicios de la historia á la memoria de los hombres: *Yo abro los fustos de la Historia; y de repente los muertos salen de la nada; y todos bullen; y se apiñan á mi alrededor. ¡Que poblacion! ¡que rumor! Los desiertos se hermosean, las antiguas ciudades vuelven á levantarse al lado de las nuevas; las generaciones amontonadas unas sobre otras salen triunfantes de las tinieblas del sepulcro; y los monumentos de su grandeza, que se salvaron del furor de los bárbaros, parece que tiemblan á su vista. Oigo la voz de Caton declarando la guerra á los vicios, miro á Bruto y á su hijo inmolidos; soy testigo del suspiro de Tito; y acompaño á Escipion al capitolio. ¡Que teatro este donde los hombres de todos los siglos y paises se hallan congregados; y allí hablan, obran, y hacen cada uno su papel sin embarazarse, ni confundirse! ¡Qué grande y magestuosa me parece la tierra despues que el hombre halló el secreto de pintar el pensamiento, de inmortalizar el espíritu de los insignes varones, y de hacer resonar sus hazañas de polo á polo mil años des-*

pues de muertos! Me parece que veo la mano del hombre detener el tiempo en su veloz carrera..... etc.

Para ponderar el P. Fr. Juan Marquez el asombro y miedo que acompañan siempre á la conciencia de los malos, nos representa la imágen de aquel miedo bajo la figura de ruido, de cuchillo y de azote, en estos términos. *Todos los males los señaló la naturaleza con notas de temor ó de vergüenza. Este es aquel sonido espantoso que dice Job, que suena siempre en las orejas del tirano, y aquel cuchillo que, á qualquiera parte que vuelva el rostro, le está amenazando pesadamente. Este es aquel azote sordo que está hiriendo sin cesar el corazon del delincuente.....*

Pone Cervantes en boca de D. Quijote con colores mas suaves y apacibles una pintura de la felicidad y simplicidad de la edad de oro, y dice de esta manera. *Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y los corrientes rios en magnífica abundancia les ofrecian sabrosas y transparentes aguas. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de si, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre*

rústicas estacas sustentadas. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corbo arado á abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar, y deleitar á los hijos que entonces la poseían.

DE LOS SENTIMIENTOS DEL ÁNIMO.

Aunque en algun autor antiguo nuestro se habla la voz *sentimiento* en la significacion de afecto, no puedo determinarme á usarla tomada puramente en este sentido absoluto; porque nunca los nuestros la han usado en singular en este caso, sino en plural, y aun así siempre acompañada de las palabras *ánimo: como sentimientos; del ánimo; el ánimo, cuyo sentimientos; ó tambien determinada por algun adjunto, como sentimientos amorosos, sentimientos piadosos.* Y como en castellano la palabra *sentimiento* recibe las acepciones de parecer, dictámen, opinion, y la mas comun y usual de pesar; de ningun modo se puede usar sola en lugar de afecto ni afectos, por no incurrir en tan manifiesta ambigüedad, que no padece la lengua francesa, de donde la han tomado con poco exámen los que hoy la usan. Solo he leído en singular entre nuestros autores místicos, que apuráron la fuente del lenguaje afectuoso, *sentimiento del alma, sentimiento del corazon.* Yo me arrepiento ahora de haberla usado tambien sin el debido conocimiento en la primera edicion de esta obra. No tuve presente entónces que entre nuestras antiguas comedias hay la de

afectos de odio y amor, cuyo solo titulo, puesto por quien sabia su lengua, puede servir al comun desengaño.

El afecto, considerado como una afeccion suave del ánimo, referida al hombre moral, es aquel movimiento interno y pasajero que precede á la pasion antes que esta empiece á tomar su efervescencia. Esta perturbacion del ánimo es el espíritu de los rasgos vehementes ó patéticos, quiero decir, de aquella elocuencia que exalta ó entenece al alma. Así es que, ni los afectos se escitan, ni sus impresiones se pintan, si el orador no se siente herido de ellas. Y ¿cómo podria conmover los ánimos el que tuviese el suyo tibio y tranquilo?

Ademas, tampoco basta que el orador reciba el movimiento de los afectos en general si no está animado del que pretende escitar. Todo lo que se medita friamente, sale lánguido y desmayado: lo que se concibe despejadamente, se produce con claridad; y del mismo modo, se espresa con calor lo que se siente con entusiasmo: porque las palabras tan facilmente nacen de una idea clara, como de una viva conmocion.

Se conoce si el que habla es diestro pintor de los afectos, por el modo de espresarlos. Toda frase ingeniosamente tejida, descubre mas la agudeza del talento que el calor del corazon: pues el que está poseído de lo que siente, no se declara con rodeos, antes toma el camino mas recto, y siempre el mas natural. Á todas las sentencias afectuosas las realza la sencillez, ya sea en la frase, ya en la diction. Al contrario, el escritor rico de ingenio y pobre de afectos, perdiendo de vista lo simple y lo natural, convierte

sus conceptos en máximas, por donde se muestra mas el estudio del que diserta, que la facilidad del que siente. Este no sutaliza ni generaliza sus pensamientos para sacar de ellos consecuencias y reflexiones sentenciosas.

Sin embargo de todo lo dicho, no es absolutamente preciso que la pasión que debe animar al orador, sea por naturaleza semejante á la que intenta escitar en los oyentes. Nuestra alma tiene dos móviles para conmoverse, el sentimiento del corazón y la fuerza de la imaginación, el primero tiene sin duda mayor acción, mas la segunda puede suplir su oficio. Así puede suceder, que un orador, sin estar realmente alligido, haga derramar lágrimas al auditorio, y hacer que él mismo las derrame. Por la misma razón algunos hombres de una imaginación vehemente pueden inspirar amor á las virtudes que ellos no tienen. En efecto, cuando el que habla no habla en su nombre, sino en boca ajena, queriendo infundir temor, terror, vergüenza, etc. á otros; no es indispensable que sienta él mismo estas pasiones, sino que, poniéndose en lugar del personaje que introduce, le parezca sentir las; como acontece á un diestro actor, que conmueve á los espectadores con la relación animada de las desgracias que él en realidad no ha padecido. Séame permitido traer á este lugar un ejemplo ilustre de los efectos, que puede causar en nuestros espíritus la imaginación herida por la relación de hechos y acciones sentidamente expresados, en aquel furor de Aquiles. Dale Homero un deseo ardentísimo de gloria, como espuela ó aguijón con que á veces, cuando descansaba de la pelea, se encendía tañendo y can-

tando alabanzas de varones esforzados; con lo cual se elevaba en tanto ardor de ánimo, que con toda diligencia procuraba desviar los griegos de encontrarse con Hector, por no ser defraudado de la gloria de matar por su mano enemigo tan señalado.

Si la imaginación suple el oficio del corazón, no es por la impresión que hace en el ánimo del que habla, sino por el impulso que comunica al de los oyentes. Á la verdad la acción de todo afecto obra mas reconcentrada en el interior del que habla, y la de la imaginación sale á fuera, y se comunica mas libremente á los demas: y si esta es mas violenta, es tambien mas breve pero la otra es mas profunda y duradera.

Lo que se requiere en los discursos patéticos es que el orador no haga ingeniosas sus expresiones, y que en ellas no se halle sino lo mismo que precisamente dicta la pasión á la lengua, ó á la pluma. Entónces el orador, poseido de la pasión, se fija en una idea, se suspende, calla, y luego vuelve á ella, casi siempre por exclamación, ó admiración, declarando lo que padece con rasgos breves, como desahogos interrumpidos del ánimo. En esta fatiga siempre se dice mas de lo que se habla, y nunca se espresa con mas eficacia que con la acción, ó el silencio, de que se tratará en otro lugar. El orador hábil llena estos intervalos de la retinencia, aquí de una exclamación, allí de un principio de frase, aquí de algunos monosílabos, allí de algun suspiro enfático: porque la fuerza de la pasión, cortando el aliento, y perturbando la mente suele partir las palabras, y aun dividir las sílabas. El alma entónces pasa sin voluntad de una idea

á otra; empezando la lengua muchas espresiones, ninguna acaba.

Véase como el caballero Sydney, desde el calabozo, de donde el día siguiente debía salir para el suplicio, escribe con sangre de sus venas este terrible billete, á su muger: *¡Querida esposa! tu oráculo se ha cumplido..... me han condenado á muerte como rebelde: mas yo muero inocente, y digno de tu amor. Consuélate... Si tu esposo no muere todo entero.... su alma te espera mas allá del sepulcro.* La esposa, despues de haber implorado en vano la gracia del cruel juez de la causa, y de verse estrechada por las torpes sollicitaciones de este árbitro de la vida del preso, que á tan costoso precio se la prometia, le dice entre valerosa y acongojada: *¡Inhumano! ¡esperas que eompre con mi afrenta tu clemencia! ¡Y no puedes ser justo sin que yo sea adúltera!.. Yo no tuve mas que un padre, y no tendré mas que un marido. ¡Esposo mio!... ¡Que! ¡Tu has de morir; y yo puedo salvarte? No lo puedo.... Si yo he de padecer el ódio de mi patria, ó he de merecerlo ¡O! tentacion terrible ¡ídolo del alma mia! cree.... muere virtuoso, que yo vivirá infeliz, mas no deshonorada.*

La sencillez de la espresion es el sobrescrito de los afectos. Y para prueba de que lo que conmueve los ánimos es mas la situacion del que habla, ó la naturaleza del asunto, que las palabras; léase aquí lo que oyó y vió el autor que lo refiere. Una aldeana habia enviado á su marido á un lugar vecino, y recibe la noticia que le habian muerto en el camino. El día siguiente, dice el autor, estuve en casa del difunto, donde ví un espectáculo, y oí unas razones que jamas olvidaré. El

muerto estaba tendido en una cama, con las piernas desnudas colgando fuera de ella, y la viuda desmelenada, y sentada en el suelo, tenia abrazados los pies del cadáver, bañada en lágrimas, y con una accion que las hacia derramar á todos, le decia: *Ah ¡cuando yo te envié, no pensaba que estos pies te llevasen á la muerte!* Una muger de mas alta esfera ¿hubiera sido mas patética? No ciertamente, la misma situacion le hubiera dictado la misma lamentable exclamacion: luego la espresion del dolor, como la del amor, es aquella que todos diriamos en semejante caso, y que nadie oiria sin sentir en sí los efectos de igual pena.

Signiando el mismo género de situaciones tiernas y patéticas, no podemos pasar en silencio la afectuosa pintura que hace Fr. Luis de Granada de la Magdalena, cuando, despues de desclavado Cristo de la Cruz, y puesto en los brazos de su Santísima Madre, la pinta abrazada con los pies del Salvador, diciéndole: *¡O lumbre de mis ojos! ó cuan de otra manera tuve yo estos pies y los lavé cuando en ellos me recibiste!*

Mas sentida es aun, si no tan sencilla, otra exclamacion de la misma Magdalena pecadora, á la cual el P. Malon de Chayde la representa ahogada del dolor, del llanto y del amor, cuando se abrazó con los pies de Cristo en casa del fariseo, y virtiendo lágrimas de arrepentimiento, les dice: *¡O pies sagrados, que vinisteis del cielo para buscarme! ¡quien me dará que muera aqui asiada con vosotros! ó pies enlodados, y cansados en mi remedio! ó pies divinos.....! que os habeis de ver clavados por mí, y es verdad que os tengo entre mis manos! y que lo sufris ¡y que me esperais!*

La sencillez que, como ya hemos dicho antes, caracteriza la espresion de los afectos, tiene un cierto *sublime* que todos conocemos, y no acertamos á definir; y esto es lo mas precioso de tales sentencias, tan poco pulidas y agudas, y al mismo tiempo tan penetrantes. Esta sencillez y sublimidad se oye y se siente en estas amorosas palabras que decia un padre á su hijo: *Dirás siempre verdad: á nadie prometas lo que no quieres cumplir: te lo ruego por esos pies que calentaba yo con mis manos cuando estabas en la cuna. ¡Que imágen tan tierna! ¡que recuerdo tan dulce!*

Oigamos la sencilla y enérgica respuesta que dió un caudillo de salvages á un gobernador europeo que pretendia hacer trasmigrar su tribu: *Nosotros, le dice, hemos nacido en esta tierra, y en ella están enterrados los huesos de nuestros padres. ¡Dirémos á los huesos de nuestros padres: levantáos y venid con nosotros á una tierra estraña?*

Antiloco viene á dar la noticia á Aquiles de la muerte de Patróclo su amigo en la peléa: cubierto de polvo y de sudor, y con semblante lloroso llega ante el héroe, y le da la triste noticia en tres cláusulas de la mayor sencillez y sentimiento: *Patróclo (le dice) ha muerto: se peléa por su cadáver.... Hector tiene sus armas.*

Estas delicadezas elípticas y enfáticas, tan frecuentes en los pasages mas sencillos, se escapan á la inteligencia del comun de los lectores; porque, como dice un autor, se puede asegurar que hay mil veces mas personas capaces de entender á un géometra, que á un poeta: la razon es, que hay mil hombres de buen juicio por uno de buen

gusto, y mil de buen gusto por uno de gusto delicado.

La elocuencia de los afectos es un talento concedido por la naturaleza á pocas personas. Del ingenio podrá depender el arte de convencer, mas no el de persuadir; el de seducir, mas no el de mover: acaso el ingenio solo formará un retórico sutil, pero únicamente un corazon sensible y grande hará un hombre elocuente: porque aquel que se penetra vivamente de lo patético y sublime, no está muy léjos de espresarlo.

Esta disposicion de la elocuencia tierna, que forma la uncion del estilo, no comprende las calidades brillantes de la elocucion, ni la armonia entre el tono y el gesto, de la cual nace la elocuencia exterior. Aquí tratamos de aquella elocuencia interna, de aquella, que abriéndose paso con una espresion sencilla, y á veces inculta, hace poco honor al arte, y mucho á la naturaleza; de aquella en fin, sin la cual el orador no es mas que un declamador.

Y en prueba finalmente de que los pasages mas tiernos y sublimes son dictados por el corazon, y no por el artificio, se observa, que á los enamorados se les olvida facilmente lo que dijeron el dia antes á su dama, porque en ellos obró la naturaleza, y no el estudio.

DEL GUSTO.

Del sentido del gusto, aquella facultad fisica de la lengua y del paladar para distinguir el buen ó mal sabor de los alimentos, se ha formado la metáfora que por la palabra *gusto* espresa el recto juicio de lo perfecto ó imperfecto en todas las

artes. Este gusto es aquel discernimiento natural que se anticipa á toda reflexion , como el de la lengua. — Para adquirir y formar este tacto intelectual, es menester tambien costumbre y hábito, como para el físico : es menester egercitarse en ver como en sentir , y en juzgar de lo hermoso por los ojos , y de lo bueno por el sentimiento moral.

Para la perfeccion del juicio de la vista no solo se pide egercicio sino objetos de comparacion. En efecto el que no hubiese visto otros templos que los pagodas del Indostan , y nunca San Pedro del Vaticano ; cómo podria graduar la distancia que hay de lo humilde á lo magnífico , de lo mezquino á lo suntuoso , de lo diforme á lo hermoso , de lo monstruoso á lo regular ?

Cuando decimos *gusto* en las obras de ingenio, entendemos el *buen gusto* , el buen discernimiento , aquel delicado tacto y fina vista , para conocer donde están las perfecciones , y donde los defectos de ellas. Este tacto se adquiere, como hemos dicho , con el hábito , y se perfecciona con la reflexion. Por esto un diestro pintor se arroba delante de un cuadro al descubrir á la primera ojeada mil gracias y primores , que no se manifiestan á los ojos vulgares , que podrian percibir las con la continuacion de ver. Una vista esquisita es un tacto fino , por el cual se perciben cosas de que es imposible dar razon. ¡ Cuantas bellezas hay en un paisaje ó en un trozo de poesia , que solo las puede calificar el buen gusto , el cual viene á ser el microscópio del juicio , pues hace visibles las mas imperceptibles perfecciones !

Así , pues , en el pintor , como en el escritor ó orador , el buen gusto supone constantemente un

buen juicio , un largo estudio , un ánimo generoso y tierno , un ingenio elevado , y unos sentidos delicados. Dotados de estas calidades , saben distinguir el uno y el otro los géneros y las situaciones de las cosas en que han de egercitar el pincel , la pluma , ó la voz : son patéticos , sublimes , graves , blandos , y graciosos segun el intento de cada uno y la materia que han de tratar.

Sobre el gusto se ha escrito mucho : los filósofos le han mirado bajo de un punto de vista , los retóricos bajo de otro , los metafísicos bajo de otro ; y hasta ahora , despues de tantas discusiones , análisis y criticas observaciones , no tenemos una guia segura y general , que nos lleve al perfecto conocimiento de esta facultad intelectual , cuyos efectos se pueden definir mejor que su naturaleza.

Muchas cosas hay en las artes y disciplinas , que no caben debajo de preceptos ni reglas , ni dechados , ni pueden ser enseñadas , ni aun se les puede á veces dar nombre propio ; las cuales alcanzaron los hombres de alto ingenio , feliz imaginacion y larga esperiencia. Y sino , dígalo la pintura ; cuán dificultoso es esprimir con el pincel los afectos del ánimo , y darles la luz y la sombra que han menester ? No consiste ni se encierra el trabajo del artista en hacer un cuerpo ; que tambien ha de procurar manifestar los sentidos exteriores. Alaban de esto á Lisipo , y él se preciaba de ello , diciendo : *que los otros artifices hacian hombres , y él hacia figuras que parecian hombres*. Eufanor consiguió tambien gran nombre por un París que hizo de metal , en que se conocia que habia sido juez de las diósas , enamorado de Helena , y matador de Aquiles. Algunos creen que Aristides Tebano fué el primero

que alcanzó este primor en aquella tabla donde pintó la toma de Tébas, y entre otras cosas, puso un niño que á liento buscaba la teta de su madre, que de una herida que habia recibido en ella, estaba espirando. En esta actitud, parecia que temia la madre no acudiese el niño á chupar la sangre, porque se le habia muerto y secado ya la leche. Hay tambien otra particularidad en las artes de ingenio, y que, á dicho de Apeles, es la principal en la pintura: llamábanla los griegos *Aglæ*, y los latinos la denominaron *Gracia* ó *Venus*, hablando poéticamente. Aplicábasela aquel famoso artista á sí solo diciendo: que otros habian hallado las demas calidades de la pintura; mas que la gracia, belleza y aire él se la habia dado.

No siendo, pues, posible señalar una ley, ni un modelo perfecto del *gusto* en materia de elocuencia, aplicable á todos los géneros de ella, ni á todos los casos, tiempos y naciones; reduzcámonos á convenir en estos principios generales, dictados por la recta y sana razon: que todo lo que es correcto, puro, fácil, hermoso y natural se llama escrito, ó dicho con gusto, es decir, con buen gusto, para que nos entendamos en castellano; y que todo lo que ofende á estas propiedades, debe, por el contrario, tenerse por vicio con el nombre de *mal gusto*.

Este vicio nace, unas veces de ignorancia, otras de estupidez de los sentidos, otras de descuidada educacion, y otras de falta de comercio cortesano y literario, en donde se pule el entendimiento, se afina el discernimiento, y se perfecciona el arte de espresar los pensamientos con gracia, claridad y precision. Tambien nace, y es

aun mas vituperable por su mal egemplo, de una estremada sutileza y losania de ingenio del escritor, cuando se cansa de seguir la comun senda del recto juicio. Entónces esta sutileza, despues de haber corrompido la razon, corrompe el estilo; cuando se prefiere lo dificultoso, agudo, y afectado, á lo fácil, sólido y natural. Entónces brotan por todas partes los agudos conceptos, las frases enigmáticas, los adornos pomposos que oscurecen ó enervan las sentencias, así como en las plantas viciosas la lozania de las hojas, y la fecunda prole de los retoños las ahogan y roban el vigor. Bajo de estas consideraciones es mas fácil dar una idea de lo que se llama *gusto* en el arte de escribir, con egemplos del *malo* que no del *bueno*. En el mal gusto se encierran todos los vicios de estilo, que proceden de sobrada cultura, estudio, afectacion, sutileza destemplanza de colores retóricos, y vanidad de singularizarse.

Esta corrupcion empezó entre nosotros desde principios del reinado de Felipe IV: decadencia que sucede ordinariamente á una edad de perfeccion. Entónces el escritor que se siente dotado de gran talento, quiere abusar de este, como el mozo muy robusto quiere hacer valentías con su salud; y al fin estragan ámbos sus fuerzas. Es condicion de la vanidad y ambicion de los ingenios sobresalientes el buscar los aplausos, no por el camino que los ganaron sus antecesores ó rivales. Creen que es humillarse imitarlos, y así intentan sobrepujarlos abriéndose nuevas sendas que huyan de las de la naturaleza. Y como todo lo que se aparta de lo bueno, ha de ser necesariamente malo; de aquí es que se pierde la regla y hasta la idea del buen gusto, y que se sa-

boré el público con extravagancias ingeniosamente monstruosas. Y en vista de esta fatal experiencia, que ha sufrido la elocuencia en todas las naciones, podemos afirmar, que el mal gusto es mas un vicio de exceso, que de falta. En lo florido ó encumbrado es donde cabe inmoderacion y demasia; no así en lo sencillo y llano, porque en este género no caben ni el buen gusto, ni el mal gusto.

¿Qué era, pues, este mal gusto entre nosotros, sino una falsa idea de delicadeza, energía, sublimidad y hermosura? Enfermó hasta tal grado el juicio sano de los hombres por la costumbre, que el orador y el escritor median su mérito por la dificultad de esplicarse, y los oyentes y lectores por la de interpretarlos. Y si lo hemos de juzgar por lo violento é intrincado del estilo, que ha sido mas de un siglo moda ó manía general, ¿cuántos escribieron sin entenderse á sí mismos!

La mayor parte de aquellos escritos y sermones abundan de todo menos de juicio y discrecion, con ser tantos los conceptos y discreciones. Si deshacian sus autores por ostentarse ingeniosos y profundos á costa de la verdad y de la razon: las moralidades cubrian de un velo enigmático á la moral, y la afectacion dejaba dormir los afectos: el fin era deleitar y asombrar, y no mover ni persuadir; presentarse no grandes, sino gigantes, á la comun espectacion.

¿Para qué nos hemos de cansar en buscar definiciones del mal gusto? Si este es el mal estilo, en sus mismos vicios lo hallaremos pintado. ¿Qué profusion de paranomásias y equívocos pueriles hacian entonces la gracia de la elocucion! ¿Cuántos antítesis simétricos, hipérboles colosales,

metáforas misteriosas, alegorías monstruosas, retruécanos violentos, frases afligranadas, sentencias alambicadas, símiles incoherentes, conceptos falsos, y agudezas de puro sutiles imperceptibles, y cuantos otros rasgos y follages ingeniosos, que no tienen nombre ni número!

Sobran los egemplos, y sobran los autores de donde se podrian sacar, para manifestacion de tan estragado gusto, si no temiéramos fastidiar á los lectores, á truco de su desengaño, de que no necesitan tanto en estos tiempos en que la general instruccion, y la luz de la critica y de la filosofia tienen preservados de semejante epidemia al orador y al escritor, que no quieren manchar su nombre; bien que haya algunos que por descuido, ó quizá con cuidado, quebrantan las reglas inmutables del arte de bien decir.

DEL INGENIO.

En vano habríamos pretendido mostrar con doctrinas, egemplos y reflexiones guiadas de la filosofia, las demas calidades que constituyen el talento oratorio, si nos olvidásemos de la primaria y principal que es el *ingenio*, y la que preside á todas. ¿De qué podrian servir los consejos de la sabiduria, los colores de la imaginacion, el calor de los afectos, y las reglas del buen gusto para hablar y escribir con eminencia y aplauso, al que se hallase destituido de esta llama, de esta inspiracion, de este entusiasmo, pues con estas metáforas poéticas se define el ingenio? Este, considerado como una lumbre celeste que esclarece á nuestro entendimiento, se llama tambien *numen* y *genio*, personificando estos nombres en